ROBO DE LA HIERBA DIVINA

Pequeña Verde, desde su escondite en la montaña más profunda, estaba muy preocupada por Blanca. Cuando vio que el sol cruzaba el cenit -tercer cuarto del mediodía-, volvió a casa convertida en una columna de humo verde. Subió al piso y con asombro vio a Xu Xian que yacía muerto junto al lecho. Blanca continuaba durmiendo.

- ¡Hermana, hermana, levántate pronto! ¿Qué ha sucedido?

Blanca despertó, bajó de la cama y al ver a Xu muerto rompió a llorar.

- La culpa es mía, decía llorando. "Por un descuido volví a mi forma original y esto asustó tanto a mi esposo que le causó la muerte".

- Hermana, deja ya de llorar. Hay que hacer algo para resucitarlo, aconsejó Pequeña Verde frotándose nerviosa las manos.

Blanca puso su mano sobre el pecho de Xu: todavía tenía un poco de calor. Meditó un momento y dijo:

- Las medicinas humanas no podrán devolverle la vida. Quédate aquí, yo iré a la montaña Kunlun a robar la Hierba Divina.

Pateó el suelo para tomar impulso y salió por la ventana transformada en una nube blanca. Y voló hacia la montaña.

En sólo un cuarto de hora, llegó a la cumbre. Kunlun era una montaña divina repleta de árboles y flores raras. En su cúspide, crecía la púrpura hierba Ganoderma lucidum, que tiene el poder de resucitar a los muertos. Blanca inclinándose cogió una de esas hierbas y se la metió en la boca. Cuando se disponía a volar, escuchó un graznido. Hacia ella venía la cigüeña guardiana de la hierba. Al ver que Blanca, burlando su vigilancia, había robado la hierba Ganoderma lucidum, extendió sus gigantescas alas y se abalanzó sobre ella.

¡Qué gran peligro corría Blanca! Cuando el pico del ave estaba a punto de alcanzarla, un bastón le impidió su intento. Blanca dio media vuelta y vio a un viejo de barba blanca. Menos mal que era el Dios del Polo Sur.

- Viejo dios, por favor, dame una de las hierbas Ganoderma lucidum para resucitar a mi esposo, rogó Blanca sollozando.

El viejo dios soltó a la cigüeña y, ordenando su luenga barba, asintió con un movimiento de cabeza.

Blanca, después de darle las gracias, mordiendo la hierba se apresuró a volver. Ya en su casa, con la hierba preparó un jugo y se lo hizo tomar a Xu. Al rato, Xu resucitó.

Xu, con los ojos fijos en la cara de Blanca, no dejaba de examinarla minuciosamente. Un miedo terrible le hizo volver la cara. Bajó precipitadamente las escaleras y se metió en el cuarto de contaduría.

Durante tres días, no se atrevió a salir. La noche del tercer día, Blanca y Pequeña Verde fueron al cuarto.

- ¿Por qué durante tres días y sus noches no has subido a la planta superior, esposo mío?

- El negocio de nuestra farmacia anda tan bien que estoy ocupado en hacer las cuentas, dijo Xu tratando de disimular.

- Pero, señor, ¿qué es lo que hace? Mire lo que tiene en

su mano, dijo Pequeña Verde sin poder contener la risa.

Xu echó un vistazo a su mano y vio que había tomado un viejo calendario. Al ver que ya no podía engañarlas, contó lo que había visto.

Blanca, después de escucharlo, frunció las cejas y le dijo:

- Yo soy un ser humano, ¿cómo es posible que me pueda convertir en una serpiente? Seguramente, has visto visiones.

- Hermana, lo que dice el señor es verdad, intervino Pequeña Verde. "Yo vi también esa serpiente. Aquel día cuando regresé de compras, escuché el grito del señor. Subí apresuradamente al piso y él ya estaba muerto. Entonces, vi una cosa blanca que parecía una serpiente o un dragón que, desde la cama, volando, salió por la ventana hasta perderse de vista".

- ¡Uh! Entonces fue así, dijo Blanca. "Es posible que haya sido un dragón. Y ese dragón será el símbolo de la prosperidad y de la fortuna de nuestra farmacia y de la fecundidad de nuestra familia. Es una lástima que yo estuviera dormida. Hubiera querido quemarle incienso y prenderle velas y le habría hecho reverencias.

Este relato pareció tan veraz que hizo desaparecer la duda que angustiaba el corazón de Xu.